

LA FILOSOFÍA DE FEDERICO NIETZSCHE

El "fenómeno Nietzsche" tuvo en Italia también su cuarto de hora de actualidad, pero se ha visto ahora reducido a las modestas proporciones de un problema filosófico-literario, afortunadamente desprovisto de aquella producción pseudo-científica que acompaña a veces a los intensos períodos de estudio y que nace por obra de unos cuantos hábiles charlatanes de la filosofía de salón.

El "fenómeno Nietzsche" es de importación extranjera. Nacido en Alemania, por obra de algunos feroces adversarios del autor de "Ecce Homo", quienes no supieron — o no se atrevieron — a replicar a las acusaciones formidables formuladas por él durante su vida, o apercibiéndose demasiado tarde que el meditado conjuro del silencio, no podía surtir efectos en contra de la deslumbrante forma poética, con la que el cantor de Zaratustra facilitaba el contrabando de sus ideas, levantaron airada la voz y empezaron una obra sistemática de denigración, cuando supieron que en una celda de un manicomio turinés el infeliz poeta cerraba el ciclo de su vida breve, quemado por su mismo ardor, fácil presa de aquel viento de locura que, a trágicos intervalos, había soplado contra la luz de su exuberante inteligencia.

Casi al mismo tiempo que en Alemania, pero con fines totalmente opuestos, los literatos franceses habían iniciado un minucioso examen de los sostenedores del individualismo aristocrático, y tomando el arranque de Renan, del conde de Gobineau,

y de Guyau, a través de las doctrinas de Holbach y Stirner, llegaron a las obras de Federico Nietzsche, en aquel período febril de crisis literaria, en que Francia se debatía entre las últimas contracciones del clasicismo y las rudas batallas de los románticos, con Hugo a la cabeza, y de los innovadores, quienes no habían aún formulado un programa neto, pero que contaban entre sus filas a idealistas como Gauthier y realistas como Flaubert.

En un momento en que la inspiración fresca y sincera aparecía desfigurada por las declamaciones vacías de los últimos románticos, o sofocaba, entumeciéndose, entre los metros espléndidos, pero fríos, de los novísimos estilistas, no podía ser aceptada una doctrina que afirmaba la personalidad humana y consagraba la fuerza, idealizándola, a beneficio de las inteligencias superiores; una doctrina que, despreciando todo lo que es común y vulgar, ponía nimbos multicolores a las cabezas soberbias de los que tuvieren una palabra nueva para pronunciar; no podía, una semejante doctrina, tener ese acre gusto de voluptuosidad que se esconde en toda idea innovadora y rebelde: las afirmaciones categóricas de Nietzsche, así como las demostraciones hábiles de Gobineau, los brillantes sofismas de Stirner, y las geniales reconstrucciones filosóficas de Guyau, fueron, para los franceses de hace treinta años, como un vino demasiado generoso para estómagos no acostumbrados; tuvieron el efecto de una embriaguez tumultuosa a la que sigue un período de profundo abatimiento. Después de la ebriedad individualística, el alma francesa se volvió serena como el cielo latino después de una tormenta de mayo; que tuvo el benéfico efecto de alivianar para siempre al espíritu público, de unos prejuicios que habían entorpecido u obstaculizado su libre desenvolvimiento.

Italia ha sido, para este como para otros fenómenos, país de importación.

He aludido brevemente a la honda crisis que devastaba la psicología de los hombres de letras franceses en estos últimos treinta años; será oportuno insistir sobre el punto porque

se relaciona íntimamente con la historia literaria italiana, y sirve para esclarecer más la súbita popularidad que se suscitó alrededor de la obra de Federico Nietzsche.

A través de la lucha sostenida asperamente por Victor Hugo y por los últimos románticos, en contra de la excesiva reacción de los cultores del método realista, quienes quitaban violentamente todo velo a la realidad de la vida, y exhibían con ostentada complacencia, a través de los harapos los huesos desnudos y la llaga inflamada, el espíritu de la mayoría sentía un inconsciente deseo nostálgico de aire más sereno y más puro, de un sitio donde imperase un perfecto ideal de la vida, y no hubiesen estorbos de frondosidades retóricas o visiones demasiado realistas.

De esta manera, poco a poco, y mientras Inglaterra con Reynolds, Ruskin y Rossetti iba insensiblemente instaurando una sencillez de técnica que preludiva al pre-rafaelismo y en Francia, cansados ya de las declamaciones huguianas o de las sentimentalidades hipocóndricas de Musset, venía aceptándose aquella tierna y fiel admiración literaria, cuyo primer capítulo trataba de la confianza absoluta en la superioridad de la obra de arte sobre las demás cosas. Venía así formándose la doctrina que se resumió en el lema: *el arte por el arte*, y que, aunque modificada y simplificada, debía servir de bandera para más de una batalla ganada, y que, hecha objeto de críticas furiosas, continuaba, como continúa todavía, apareciendo como la primera, más aún: la única verdad.

En el énfasis de los primeros entusiasmos se iba — hay que confesarlo — hasta aceptar como buenas aquellas amables paradojas de inmoralidad que muchos entre los jóvenes propagandistas se divertían en concebir, y llevar audazmente, al teatro y a la novela preludiva aquella que podría llamarse “literatura roja” y a la que el espíritu aristocrático de Wilde dió un admirable y armonioso evangelio con sus “Intenciones.”

Sin embargo, en medio de las inevitables aberraciones de la última hora, se admitía por todos que el artista, máxime el

hombre de letras, no debía preocuparse del alcance moral de su obra, ni de las consecuencias que de aquella podían deducirse para la vida práctica.

Oh!, esta bendita vida práctica!. . . . de qué olímpico desprecio, no supieron hacer galanura aquellos jóvenes!

Nosotros, dice, por boca de un eminente escritor francés, Bourget, un apóstol del nuevo verbo,—nosotros veíamos a la vida práctica tan por debajo de nuestro acostumbrado horizonte, que no nos hubiera nunca ocurrido al espíritu la idea de una posible influencia del pensamiento sobre ella; y si semejante influencia se hubiere verificado, la habríamos interpretado como un mero accidente privado de importancia e indigno de una emoción cualquiera. Nosotros pensábamos que el único deber del filósofo y del poeta, del autor dramático y del novelista, fuese el de manifestar plenamente sus ideas, sus sentimientos, el resultado de sus observaciones y de su fantasía, sin perturbarse por las vanas y estúpidas alarmas de la ciega majada de los “moralistas”

En aquel período en que Francia había hecho benignas acogidas a las teorías “amorales” de Taine y de Renan, y había perdido su acostumbrada gravedad frente a la sutil y tentadora teoría del “culto del yo”, que en aquel tiempo Barrés predicaba con aquel estilo extrañamente mezclado de escepticismo sentimental y de delicioso veneno poético; en ese período, en que Francia se había conmovido por la muerte repentina de aquel joven que a los treinta años de edad había dado al orgullo nacional, junto con su alma candorosa y sensible el “Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction”; ¿cómo podía esa misma tierra dejar de estremecerse en extrañas voluptuosidades, al grito de rebelión que el infeliz autor del “Anticristo” lanzaba desde la mística Alemania en contra de la antigua distinción del bien y del mal?

Ese grito y esa doctrina tanto más resultaba agradable cuanto había en ella de atrevido: la tentativa de ensanchar el abismo ahondado desde hace mucho tiempo entre la libre vida

del espíritu, tal como se le había permitido vivir a alguno de los más audaces, y las mediocres “contingencias” de la vida real.

Y frente a estos jóvenes deseosos de novedades sensacionales, estaban siempre los espíritus positivos y eminentemente prácticos que se conformaban con asistir a aquellas tentativas — yendo hasta iluminarlos con la luz de sus análisis — pero sin dejarse empujar hasta aquella altanera indiferencia hacia una realidad bajamente “burguesa”, buena a lo sumo para alborotar el alma prosaica de un Sarcey, o para volverse en las manos de Brunetiére, arma de combate en contra de una escuela literaria agasajada demasiado ruidosamente.

El espíritu francés se echó con un furor casi fanático encima de los libros del pensador alemán, quien, cada año, por un período ininterrumpido desde 1885 hasta 1889, iba lanzando sobre Europa sus libros, cada vez más terribles; cada uno más saturado de desprecio y vibrantes de una mueca feroz contra los ídolos, ante los cuales la humanidad había doblado sus rodillas; libros que se seguían con un “crescendo” rosiniano, como toques de clarín siempre más resonantes, como llamados siempre más desesperados.

¡Pobre Nietzsche!... El ambicionaba otra cosa, y en muchas obras se siente el estupor doloroso que lo obsesiona, al constatar que el pueblo alemán ni lo discute, ni lo aplaude, y que solo se encierra en un círculo de silencio..... Quien le hubiese dicho, cuando iba vagando por la playa de Liguria, que sus libros habían de ser materia de discusiones tan vastas y tan apasionadas, no habría podido sacar de él sino una fugaz sonrisa a través de sus labios sutiles y nerviosos.....

Pero la tierra estaba ya admirablemente dispuesta para la nueva semilla; porque no inútilmente escribieron La Rochefoucauld y Helvetius, Proudhon y Renan, Taine y Flaubert; ni sin razón el conde de Gobineau, hacia quien Nietzsche sintió tanta simpatía, había sostenido la desigualdad necesaria de las razas y la supremacía de los europeos, máxime la rubia alemana; la

legitimidad del triunfo de la raza superior, la selección aristocrática en provecho de las nacionalidades compuestas de razas elegidas; no inútilmente y por casualidad Francia había dado nacimiento a un contemporáneo de Nietzsche, a un hombre como Guyau, que en 1884, más o menos, debió encontrarse con el pensador alemán, allá por la playa divina de Niza y Menton; de un hombre que unos meses antes publicaba un libro, comentado extensamente por Nietzsche, cuya idea fundamental de la "*vida intensa y expansiva*" tenía tan extrañas similitudes y parentescos con las doctrinas del joven filósofo.....

Se abría, de esta forma, un nuevo período si no para la filosofía, seguramente para la literatura francesa de aquel último cuarto del siglo XIX; la filosofía, que tenía una tradición esencialmente nacional, y estaba como penetrada por un sutil escepticismo, bien lejos de la majestuosa tranquilidad del río que tenía sus vertientes en el genio de Königsberg, no sintió el influjo del atrevido innovador; y esto constituye, como veremos en la continuación del presente estudio, el mayor título de gloria para las ideas de Nietzsche.

Su influencia se hizo sentir — y fuerte y duradera — en el campo del arte; todos los espíritus sanos y fuertes acudieron a su doctrina que predicaba y santificaba la personalidad humana; que quería abatir todos los obstáculos opuestos a la libre expansión de las energías de la especie, bajo una concepción estética del mundo que quitaba a la naturaleza todo lo pecaminoso de la religión cristiana; todos se inspiraron en él.

En el teatro y en la novela, la tesis de la superioridad del individuo fuerte en el orden de la naturaleza, el predominio de la voluntad y de la potencia sobre el sentimiento y el pensamiento, fueron los dogmas fundamentales del nuevo "credo" artístico, que excitó voluptuosamente los paladares que la pastelería romántica, socialista, democrática había echado a perder, siendo cómplices Hugo, Sand, Michelet. En medio de tanta miel, un poco de amargo no podía causar daño: de eso apercibiéronse pronto los jó-

venes a quienes el ajenjo de Nietzsche hizo lagrimear los ojos; y fueron lágrimas benditas, porque una vez mirados los antiguos ídolos bajados de los pedestales sobre los cuales los había puesto la fuerza de la tradición, el espíritu práctico de los franceses se acostumbró a verlos de cerca sin necesidad de descubrirse o de hacer a cada rato la pequeña genuflexión que estatuye el ritual. .

¿En Italia?..... Bastaría un ejemplo: D'Annunzio.

Cuantas cosas se han dicho y han escrito acerca del poeta abruzes y de su pretendida importación de las doctrinas nietzschianas. Pero, aún a riesgo de volverme oscuro, no intentaré pararme en este punto, por miedo de repetir cosas ya por sí mismas muy conocidas. Aludiré tan sólo, por exigencia de método, a ese tópico de la historia de la literatura italiana contemporánea.

Se ha dicho y repetido hasta el cansancio que D'Annunzio ha animado con las ideas de Nietzsche los personajes de sus novelas y los protagonistas de sus tragedias; que en algunos escritos se ha vuelto el pregonero, el apóstol del pensador alemán, como si hubiera habido necesidad de un contrabando intelectual para hacer conocer en Italia las doctrinas fundamentales del cantor de Zaratustra.

Todo esto no es ni exacto ni verdadero. No es exacto, porque D'Annunzio nunca ha reproducido en los tipos creados por él la figura precisa que resalta en las obras de Nietzsche; no es verdadero, porque mucho antes de que el "Triunfo de la muerte" hubiese revelado el carácter de Jorge Aurispa, el "Así habló Zaratustra" y la "Gaya Ciencia" eran conocidos y comentados.

No solo esto; es necesario que tengamos presente una última circunstancia: que el escritor italiano no quiso, ni habría podido, por una razón eminentemente psicológica y estética, hacer de su protagonista un maniquí para las ideas de Nietzsche, desde el momento que lo poco que del alemán existe en los libros de D'Annunzio, no sirve sino para dar una apariencia a la concepción que lógicamente se derivaba de las anteriores obras del abru-

zes, con Tulio Hermil, por ejemplo; “tipos, —ha dicho Sighele — que se acercan más a D’Annunzio que a Nietzsche, que reflejan, en una palabra, un estado anormal y psicopatológico especial del poeta italiano, y que sólo exteriormente, y en uno que otro detalle que podría llamarse más exactamente sentimental, nos hace recordar las doctrinas rebeldes y demoledoras del alemán.”

Por otra parte, a que se reduciría el pretendido “super-hombre” de D’Annunzio si él, en la realidad, en contacto con las asperezas de la vida, no sabe hacer otra cosa que declamar en su contra y en fin resignarse como un vencido cualquiera?

Tulio Hermil por ejemplo, no es talvez, a pesar de sus auto-glorificaciones, un egoista común; ¿y qué otra cosa es aquel Jorge Aurispa, si no un mediocre amante, que se dobla a un pensamiento de lascivia de la mujer vulgar que lo domina con la exuberancia de su carne y que acaba por suicidarse, como un estudiante cualquiera, desesperado de amor? ¿Y se podría hacernos creer que estos sean los super-hombres predicados por Zaratus-tra; por Zaratus-tra que no conoce el amor, que desprecia la mujer como instrumento de placer, y que no se dobla en ningún caso a las contingencias exteriores; sino que al contrario se rebela contra la vida y la domina?

Evidentemente el nietzschianismo de D’Annunzio, dicho sea con licencia de algunos críticos, no va más allá de una pátina doctrinaria que nada agrega a la obra dannunziana, a no ser aquel sabor aristocrático, innato en el escritor italiano y que encuentra una admirable consonancia con las afirmaciones personalísimas del teórico alemán.

No es exacto pues, afirmar que D’Annunzio haya sido un plagiario o por lo menos un apóstol de Nietzsche; él no hizo otra cosa que llevar a la luz de la producción artística aquel sentimiento que había invadido todas las inteligencias italianas, siguiendo el ejemplo y el contagio de la hermana de allende los Alpes; es que en Italia, por razones aún más fáciles de compren-

der que en Francia, los axiomas nietzschianos encontraron tierra fecunda.

Los italianos tuvieron también el “fenómeno Nietzsche”, lo mismo que en Francia, lo mismo que en España y en América....

Sin embargo, antes de empezar a estudiar la obra del pensador alemán, seame permitido observar cómo este mismo entusiasmo universal para con Nietzsche, es una prueba evidente de que sus ideas no tienen profundidad de concepción filosófica, sino que revelan una actitud mental y literaria. En otras palabras: Nietzsche no debe considerarse como un filósofo, sino sola y exclusivamente como un artista; de esta manera justificaremos todas las contradicciones que se encuentran en su obra multiforme, e iremos hasta el análisis íntimo de la producción, saboreando todas sus recónditas bellezas.

La historia de Nietzsche escritor, tiene particularidades que llaman la atención de los estudiosos, y que merecen ser tomadas en serio examen; talvez nunca, en la no larga historia de la civilización nuestra, se presentó un caso que, como el presente, haya dado más campo a discusiones apasionadas y a juicios más encontrados. Nietzsche ha sido una bandera agitada por manos convulsas, a veces insignia de revoluciones sociales, a veces emblema de literaturas inmorales.

Los estudiosos de Nietzsche pueden agruparse en dos grandes categorías: los detractores y los panegiristas; unos y otros incapaces de emitir un juicio conforme a la verdad.

Estas exageraciones están ampliamente documentadas en la historiografía nietzschiana: en efecto, mientras eruditos como Tönnies, Stein y Petrone, sistemáticamente exponen y refutan las obras del autor alemán, con toda la gravedad y la solemnidad que podría emplearse en la exposición crítica del sistema Kantiano; Zoccoli, Fouillée y otros, lo disecan para encontrar mo-



tivos de crítica más o menos feroces. El italiano ve en Nietzsche un filósofo a medias, sin profundidad de vistas o de concepción orgánica, la víctima de su mismo extravismo moral y filosófico; el francés traza, con pinceladas vigorosas, un retrato de la inmoralidad nietzschiana, como si se tratara de un Bruno o de un Schopenhauer.... Los dos han caído en un error grave, casi diría imperdonable en hombres acostumbrados al rudo manejo de la crítica; los dos se han dejado arrastrar por las apariencias mudables de una construcción filosófica, olvidando plantar más adentro el *bisturí* de la observación, encaminando con frialdad el "substractum" que forma la base de la multiforme e erisada producción de Nietzsche.

Dejando a un lado el estudio crítico completo de todos los que se han ocupado de nuestro escritor, trataré de examinar las obras de Zoccoli y de Fouillée, porque en ellas se manifiestan las diversas corrientes y se resumen casi las observaciones y los juicios de todos los demás.

Hector Zoccoli, cuya cultura e inteligencia no pongo en tela de juicio, por ser conocida de la gran mayoría de los cultores de estudios filosóficos, ha abordado las obras de Nietzsche con un prejuicio que no puedo menos que señalar desde el principio: el prejuicio de que *debe* explicar en la mejor forma la contradictoria y maravillosa producción del escritor alemán; ni siquiera lejanamente se le ha presentado al espíritu la duda de estar frente a un hombre de letras disfrazado de filósofo; él no ha sospechado, en su buena fe de estudioso, que Nietzsche no fuese un expositor de sistemas, o un proclamador de nuevas verdades; ni siquiera ha dudado por un momento, de que la solemnidad, casi diría hierática, de los axiomas que se contienen en los volúmenes "Genealogía de la moral" y "Gaya ciencia" sean puros diletantismos, acrobatismo intelectual, sin otra pretensión que la síntesis "*tacitiana*" de la forma, para impresionar las masas y llevar hasta el delirio el entusiasmo de los coleccionadores de frases felices.....

Nada de eso; Zoccoli se ha sentado al escritorio, con el propósito de exponer y criticar la obra filosófica de Nietzsche, uzgándolo con la medida del común convencimiento.

Fruto de ese examen es el nutrido volumen que Zoccoli nos ha dado; volumen en el que Nietzsche pasa a través del filtro minucioso de una crítica severa; sus obras, sus intenciones, sus precedentes, su ambiente y época han encontrado en Zoccoli el observador diligente. Nada se escapó a su mirada, y de esas trescientas páginas surge la figura de Nietzsche así como ella apareció ante la retina mental del crítico italiano: de un Nietzsche que no es filósofo por faltarle lo principal para serlo: la organicidad y la sencillez de un sistema fuertemente defendido y profundamente pensado; de un Nietzsche que no es poeta, porque no tiene la potencia del vuelo y la despreocupación positiva de la vida, que caracteriza al poeta. Resulta, en resumen, una figura eteroclitica, un monstruo que pertenece un poco a las dos categorías, sin características bien definidas y sin vislumbres de genialidad inconsciente.

No me detendré, ni lo podría, dada la limitación del presente escrito, a estudiar todos los puntos de la crítica zoccoliana; me basta con observar como las formas del pensamiento de Nietzsche son llamadas por el crítico italiano "dilettantismo ético", para comprender en seguida el error en que ha caído el expositor; error que se evidencia siempre más, cuando se encuentran frases como la que sigue, que quieren insinuar un hecho que no tiene comprobación ninguna. Así Zoccoli dice acerca de la forma y de la materia tratada por Nietzsche: "En el *demi monde* intelectual hay quien no sabe hacer otra cosa que esperar una idea rara para acogerla", (página 10) y esto lo dice a consecuencia de la impresión recibida por él después de la lectura de los tomos relativos a la "Gaya Ciencia" y a "Genealogía de la moral".

Más claramente que así no hubiera podido manifestarse la equivocación en que Zoccoli ha caído: apotegmas que Nietzsche expone con un lujo refinado de estilista, en vez de deleitar

amablemente el gusto y la inteligencia de un escritor moderno, ofrecen materia al estudioso italiano, para poner en ellos los ci- mientos de una crítica que quiere envolver todo en un acabado sistema de filosofía Verdadero *Writer of fiction*, más y más profundo que Oscar Wilde, Nietzsche hace galanura de re- finamientos estilísticos y derrocha el jugo de su inteligencia su- perior y soberbia, entre el engarce dorado de sus aforismos y de sus sentencias. Los volúmenes ya citados están llenos de pensa- mientos a veces contradictorios; a veces admirablemente conformes con las doctrinas aristocráticas de Zaratustra; siempre pe- netrados de un amable escepticismo que debería bastar, por sí solo, para hacer dudar a cualquier lector, por inexperto que sea, acerca del alcance verdadero de una pretendida doctrina filo- sófica.

Demostraré, más abajo, cómo gran parte de las afirmacio- nes de Nietzsche están en armonía con sus ideas generadoras, las *idées force*, como las llama Fouillée; haré ver cómo en todos sus pensamientos se incluye siempre, manifiesta o veladamente, la preocupación, más bien, la obsesión, de la idea de la fuerza, de la idea de revuelta, de la idea de emancipación de todas aquellas instituciones que Nietzsche considera como las principales tra- has puestas al desarrollo infinito del hombre.

No hay, pues, que tomar a Nietzsche como a un filósofo y sus libros como a los defensores de un sistema acabado; ni él mismo soñó nunca en serio rivalizar con el genio de Königsberg, ni sus obras han intentado una construcción ideológica de sus ideas.

Así que, esto de querer a toda costa disecar la produc- ción nietzschiana y medirla como la de los grandes pensadores de la humanidad, ha sido el error en que cayó Zoccoli; y no Zo- colli solamente.

Demasiado densos de conclusiones son sus aforismos; de- masiada inteligencia se destila de sus páginas; y demasiada ar-

mónica es su proteiforme producción, para no tentar las habilidades de un crítico. . . .

Veremos cómo esas páginas, esos aforismos, revelan al artista superior, al pensador profundo, al poeta refinado.

Zoccoli se preocupa con verdadero afán en poner en descubierto los errores éticos de Nietzsche; las contradicciones en que ha podido caer; las consecuencias funestas que de sus premisas pueden sacarse, y concluye dando el alerta a todos los jóvenes para que se precaven y desconfíen del veneno sutil que se desprende por entre aquellas hojas en las que el error está escondido detrás de la lujuriosa viveza de los colores, como la avispa en el seno mismo de la rosa. . . .

Dice Zoccoli: "*Talvez* — adverbio que no debe sonar en labios del crítico o de un filósofo — talvez solo en aquellas mismas ideas a las que Nietzsche ha contradicho más violentamente, está depositado aquel fondo moral y aquel espíritu educador, benéfico, virgen aún, del que no solo hoy, sino mañana tendremos necesidad. Nosotros italianos además, y en esto no hay contradicción posible, deberemos recurrir a otras fuentes que no sean las mudables alternativas de estas formas del pensamiento que he llamado "dilettantismo ético", (pág. 284).

Ni se diga que el error en que Zoccoli ha caído sea una afirmación gratuita o una mala interpretación de los juicios del escritor italiano; basta para convencerse de lo contrario, leer como él explica el origen de las teorías egotísticas de Nietzsche y como aplica a sus tesis el hecho de la locura que afectó en los últimos años de su vida al alemán.

"Si es evidente, afirma Zoccoli — que la vida de Nietzsche por lo mismo que fué en cuanto es posible, consecuente con su manera de pensar, ha sido tormentosa y oscilante hasta terminar en la tragedia de la completa obscuridad de su mente, *esto quiere decir* que sus ideas están fuera del dominio de la vida, son, en una palabra, irremediabilmente falsas en su misma raíz!"

Ahora yo pregunto: ¿cómo y cuando Nietzsche ha vivido se-

gún sus ideas y sus doctrinas? ¿cómo y cuando ha puesto en práctica las aspiraciones del viejo Zaratustra, y ha despreciado el mundo, la sociedad, el amor, la mujer, para vivir tan solo absorto en los sueños que germinaban en el espíritu agitado del solitario habitador de la montaña?..... Afirmar y creer esto, es demostrar la más cabal ignorancia de lo que ha sido la vida de Nietzsche, de lo que ha sido su amor al estudio, su predilección por sus alumnos, su amistad, primero, y luego su odio por Wagner; su cariño conmovedor para con su hermana, aquella buena Elisabeth que ha recogido con ternura todos los documentos que podían ilustrar la vida intelectual de su gran hermano, de ese hombre tan profundamente sensitivo y tan trágicamente estoico!

Que Nietzsche haya vivido y obrado muchas veces en contradicción manifiesta con las ideas que se contenían en sus libros, es cosa de muy fácil constatación. Bastaría tan solo conocer sus relaciones con Wagner; de la amistad fraternal, el odio más severo; todo Nietzsche se revela en sus polémicas; todo el hombre, así como es: con sus virtudes y con sus vicios; con sus pasiones y con sus buenas cualidades; a veces generoso, a veces soberbio, ora altivo, ora vengativo, hasta grosero, ¿y ese sería el Nietzsche que predica el aislamiento, la serenidad de la contemplación superior, el desprecio hacia la "majada"?

Bastaría descubrir la preocupación continua que tenía cada vez que publicaba un nuevo libro; cómo esperaba ansioso la crítica del público, y como se desesperaba al constatar que la opinión alemana, contraria a él, lo encerraba en un círculo de silencio peor, para él, mil veces que el más feroz vituperio! Y ese temor, y ese deseo insaciado, y esa preocupación muy humana, por supuesto, podría aplicarse con justicia al hombre que ha escrito el *Así habló Zaratustra*, al hombre que ha dicho: "la compasión se llamó virtud solo entre los decadentes". (Ecce homo, página 25), y "el ímpetu agresivo es una natural consecuencia de la fuerza, como el reinar y el deseo de venganza derivan de la debilidad".

Zoccoli en su prejuicio, aprovecha cualquier motivo para reforzar su tesis, y no se da cuenta del error que comete.

Así, para demostrar que las teorías de Nietzsche derivan de su organismo demasiado débil y demasiado nervioso, llega hasta deducir esto del hecho de que Nietzsche a los trece años de edad componía novelas y describía los lugares en que había pasado su infancia con una precisión admirable, y agrega: "es evidente que la fineza con la que Nietzsche, desde los trece años, llegaba a hacer esos cuentos y a exponer estas confidencias revela una sensibilidad demasiado delicada, para no poderse encontrar mal a la primera colisión, aún liviana, que pudiera sufrir..... Peor todavía, si Nietzsche, como efectivamente sucedió, se hubiese dejado arrastrar al mundo de los ensueños y de las ilusiones....." (pág. 27—28).

Es este, repito, un pecado imperdonable, porque echa en el olvido los más conocidos principios de la psicología infantil; porque ve un estigma de degeneración mental en un hecho que se explica fácilmente teniendo presente la intuición rápida y la fantasía despierta de los jóvenes en los primeros pasos hacia la vida intelectual.

No insistiría tanto sobre ese punto, si no fuera que Zoccoli le atribuye demasiada importancia para llegar a la demostración de su tesis.

Ahora bien: me basta tan solo recordar lo que Wolfango Goethe cuenta en su *autobiografía* refiriéndose a los primeros años de su juventud, transcurridos en la tranquilidad del hogar paterno.

Dice el autor de Fausto, que él se apartaba en un rincón del jardín y allí, librándose a los vuelos de su infantil imaginación, se deleitaba en componer novelas, falsas hasta en sus más mínimos detalles; novelas que después redactaba por escrito y leía a sus hermanas, haciendo gala de su fantasía, y reconstruyendo hechos y lugares que nunca había visto ni conocido.

El escritor de Weimar, como el cantor de Zaratustra, cuen-

ta minuciosamente su vida infantil, y la cuenta con una minuciosidad más perfecta aún que Nietzsche y sin embargo quien se atrevería a deducir de eso, que Goethe tiene un estigma de degeneración intelectual? Nadie, por supuesto; ya que la olímpica serenidad del poeta aulico de Sajonia, no permitiría a ningún crítico hacer lo que se ha hecho con Nietzsche. ¿Por qué? Sencillamente porque la vida de Goethe y su fin, demasiado comprueban que puede muy bien haber aquel "*desarrollo de sensibilidad precoz*" a que se refiere Zoccoli; y sin embargo cursar toda una vida en una plácida actividad, y en una vejez gloriosa.

Lo que demuestra otra cosa también, muy importante: que si es muy fácil raciocinar a posteriori, esto es, buscando dar una razón científica a fenómenos conocidos, (explicando el fin trágico de Nietzsche por medio de su excesiva sensibilidad) esto demuestra al mismo tiempo poca seriedad científica y un alcance filosófico muy escaso.

No quisiera aparecer demasiado duro con la obra de Zoccoli, pero no puedo detenerme en estudiar algunos otros juicios que el escritor italiano emite, relativos a Nietzsche.

Así por ejemplo, Zoccoli se detiene a estudiar el hecho de que Nietzsche en su juventud hacía alarde de su origen polaco, explica que los polacos gozaban del histórico derecho de *veto*, para poder así justificar la actitud agresiva de Nietzsche en contra de todo el orden social y moral. (pág. 31).

"Poder afirmar esto — dice Zoccoli — equivale a darse cuenta de las dos terceras partes de su naturaleza de pensador"! (pág. 32).

Ahora bien; quien no ve, aunque sea muy superficialmente, que esta manera de hacer la crítica psicológica de un hombre, no está encuadrada perfectamente dentro de los principios que la lógica reclama? ¿Quien no ve, que estas explicaciones podrían ser muy ingeniosas, pero pueden no responder a la realidad y sobre todo pueden ofrecer campo a explicaciones igualmente ingeniosas y contradictorias?

La crisis psicológica que Nietzsche sufrió puede, por lo tanto, tener una explicación como la que presenta Zoccoli, en unas frases muy hermosas por su sintética claridad; pero no dejan de ser una reconstrucción arbitraria que no descansa sobre hechos científicamente comprobados y analizados.

Mientras Zoccoli dice que Nietzsche llegó a la locura a consecuencia de haber creído, en un error de perspectiva psicológica y moral, que las ideas del pasado podrían muy bien revivir en el presente, hasta que no cayó, vencido por el contraste de sus mismos pensamientos; mientras Zoccoli intenta, lógico y consecuente con sus premisas, demostrar que Nietzsche no ha sido sino un resabio del mundo antiguo, un pregonero de verdades ya superadas, un sostenedor de ideas morales ya condenadas; yo al contrario, quiero hacer ver que la locura de Nietzsche no ha tenido ninguna influencia en su producción intelectual, y su posición agresiva no fué sino la natural reacción de un espíritu superior, de un artista y de un esteta, de un amoral perfecto, en contra de todas las trabas puestas por la civilización a las libres tendencias de la naturaleza; Nietzsche no ha sido sino un cultor de la belleza y de la fuerza; un pregonero de los antiguos ideales, un consciente despreciador del romanticismo que debilita las energías juveniles; un luchador tenaz de la fuerza mortificante de la religión y de las doctrinas humanitarias; un ego-arca soberbio, y un cantor incomparable de la supremacía del individuo y de las "élites" aristocráticas.....

Todo esto ha sido Nietzsche y lo ha sido con gran serenidad de ánimo, y con gran lucidez, sin haber levemente sospechado de poder poner en práctica sus ideas, que él mismo conocía impracticables en el actual estado social. Pero él predicaba lo mismo, en el campo de la teoría, convencido de la fuerza que las ideas tienen sobre los pueblos, y de la influencia decisiva que dichas ideas pueden ejercer sobre la producción estética y artística de la humanidad.

La crítica que de Nietzsche hace Alfredo Fouillée tiene otro alcance y merecería un estudio más detenido y más completo que el presente.

El ilustre escritor francés no quiere encarar la compleja personalidad de Nietzsche y limita su crítica a la parte que, para un filósofo como él, tiene mayores proyecciones y presenta aspectos más interesantes.

Fouillée, en su obra "Federic Nietzsche et l'immoralisme", aborda con toda seriedad el problema ético planteado por el escritor alemán, y se propone resolverlo combatiendo las afirmaciones de Nietzsche.

Pero lo mismo que hice con Zoccoli podría hacer con Fouillée: preguntarme ¿dónde y cómo ha sostenido un verdadero sistema de moral, dónde y cómo ha podido Fouillée reconstruir la filosofía ética de Nietzsche para poderla criticar y despedazar con su dialéctica poderosa?

En ninguna parte; porque Nietzsche no ha construido ningún sistema, ni bosquejado ningún tratado de moral, o de inmoralidad, como imperfectamente dice el crítico francés.

En efecto, más que immoralismo, el de Nietzsche debería llamarse amoralismo; en los libros del escritor alemán no se critica la moral corriente, para edificar otra nueva; no se despedazan los valores éticos en uso, para substituirlos con otros que satisfagan más las aspiraciones y las exigencias actuales; nada de eso. Nietzsche se limita a criticar, sin reconstruir; él niega y no afirma; pone en luz los inconvenientes de la moral cristiana y las consecuencias de la doctrina evangélica, sin sentirse animado para predicar otro evangelio y dar a los hombres otra tabla de valores.....

Teniendo esto presente, ya se manifiesta un lunar no pequeño en la obra de Fouillée; y es que de estas citas fragmentarias y recogidas aquí y allí, en la multiforme producción nietzscheana, no es posible surgir a una concepción orgánica y sistemática de una moral que pueda ser discutida y criticada; no tene-

mos de Nietzsche ni un tratado de *moral*, como el de Kant; ni “L’Esquisse d’une moral sans obligation ni sanction”, de Guyau; ni el *Unico* de Stirner, ni la moral de Schopenhauer, etc. Nada de eso, y sí solo aforismos esparcidos en algunas obras, de alcance y de naturaleza, como veremos, exclusivamente literarias, y las páginas del libro “Genealogía de la moral”, en que más que principios de un alto valor filosófico, se contienen apuntes y pensamientos de un razonador paradójal, apotegmas personalísimos, diletantismo filosófico en pugna continua con la fineza estilística con que las ideas se exponen.

Sentado esto, nos parecerá bien inútil la crítica de Fouillée, tanto más cuanto el mismo filósofo francés nos confiesa candorosamente en el *avant propos* de su obra, que él se ha visto obligado a estudiar la producción filosófica (?) de Nietzsche al ocuparse de su libro *la morale des idéés force*, admirable síntesis que honra al fuerte pensador de Francia.

“Las doctrinas de Nietzsche — dice — son como un problema perjudicial puesto delante de todo trabajo de un moralista. ¿Hay una verdadera moral? Más: ¿es deseable que exista? La moral, hasta la fecha, ¿no habrá originado a la humanidad más daño que provecho? Y concluye: es esto lo que Nietzsche pregunta”.

Ahora bien; veremos como Nietzsche no pregunta ni eso ni otra cosa a nadie; veremos como el escritor alemán, coherente con su actitud agresiva de luchador implacable en pro del individualismo, no pone cuestiones, no busca ayuda, no requiere consejos; él habla por aforismos, sentenciando como un papa infalible; él se dirige a unos pocos — podríamos decir a sí mismo, puesto que él solo puede y sabe comprender el alcance de sus pensamientos—y “monologiza” a la manera de un Platón moderno: se deleita en una logomaquia que no ofende a nadie, pues a nadie quiere sea comunicada. Nietzsche silogiza sin premisas; no es, ni puede serlo, un filósofo que predica desde su cátedra, o que intenta construir un sistema orgánico, porque su cultura esencialmente humanística no se lo hubiera permitido.

Con estas premisas podríamos abordar el examen de la obra de Fouillée, que se nos revela profunda y original, si no careciera de una base en su misma crítica, en cuanto Nietzsche no ha sido un filósofo, ni su producción puede sostener un examen de esa naturaleza.

El lado verdadero del valor de los libros nietzschianos, Fouillée lo ha instituido, cuando confiesa: “que los psicólogos y los moralistas deben interesarse en la obra de Nietzsche no sólo por su valor intrínseco, sino también por la influencia que ella ejerce con motivo de la poesía con que está revestida”, y añade: “el poeta ejercita a menudo más acción que el puro metafísico sobre el movimiento de las ideas morales y sociales. Guyau ha sido una prueba de eso, antes que Nietzsche; bien que Guyau haya sido más exactamente filósofo y teórico”. (pág. 3).

La verdad descubierta accidentalmente por el crítico francés, volvió a esconderse en seguida por entre los pliegues ambiguos de una exteriorización que mucho se parece a una obra filosófica.

Por otra parte, no podemos exigir que un poeta no diga nada en sus cantos, porque el mismo que proclama *el arte por el arte*, no podría reducirse a un puro juego de palabras sin sentido y sin fin. Nietzsche creó obras literarias, y al mismo tiempo eligió la actitud que más convenía a su temperamento psicológico; a manera de un hábil cincelador, buscó él también los engarces más refinados para que en ellos relucieran las joyas de su inteligencia. Esta actitud fué, por una parte, el resultado de profundos estudios sobre la antigüedad; de un sentimiento muy elevado de la personalidad humana; de un exagerado amor por el arte, por las cosas grandes y nobles; y por la otra, el producto de una simpatía intelectual por los cantores e idealizadores de la fuerza, de la iniciativa, de la rebelión.

Este segundo lado, puede tener apariencias filosóficas, pero muy secundarias y que no justificarían en ningún caso la clasificación de Nietzsche entre la categoría de los filósofos.

Podríamos, así, buscar los padrinos de la actitud de Nietzsche entre todos los rebeldes y los egotistas que la historia registra: primeros entre todos, Stirner, Guyau, La Rochefoucauld y Helvetius...; podríamos entonces saborear más, conociendo las derivaciones de la actitud psicológica de Nietzsche, y darnos cuenta cabal de todo lo hermosa que es la idea central que anima la producción nietzschiana; esa misma calidad que parece tan despreciable a un filósofo; quiero decir esa *soberbia del pensamiento*, a que se refiere Fouillée.

Este parentesco intelectual, sin embargo, no tiene, en el espíritu y en la obra misma de Nietzsche, esa influencia decisiva que le atribuye Fouillée; las doctrinas individualistas de los autores citados no dejan de ser sino una superfetación sin vida; o en otras palabras, no penetran en el alma de Nietzsche, ni lo conmueven mayormente; le sirven tan solo de una manera admirable para poner en evidencia su personalidad de esteta refinado, con una mixtura no indiferente de aquel *humour* volteriano que ha hecho la delicia de todos los espíritus contemporáneos de la Revolución Francesa y de ese amable escepticismo de que hicieron alarde, un poco todos, creyentes y ateos, Lamennais, Rousseau, Chateaubriand y Wisemann.

Al ocuparme de la obra nietzschiana, tendré ocasión de volver a hablar sobre sus ideas éticas; entonces podremos contestar más completamente a las acusaciones de Fouillée; por ahora nos limitaremos a un golpe de vista lo más sintético posible. En esa forma podremos sacar la convicción de que Nietzsche no ha pensado nunca en construir un sistema de moral, y hasta diremos que él *prescinde* en absoluto de ella, pues la moral es concebida como un freno, como una traba, y por consiguiente debe ser rechazada, siendo la condición primordial del hombre superior, la libre expansión de la personalidad según la ley misma de la naturaleza.

Esta que es, como veremos en seguida, la médula de toda la producción nietzschiana, y hasta podríamos decir la orientación de su inteligencia, es la que podría hacer clasificar a Nietz-

sche entre los filósofos, si es que no fuere esa, mera actitud literaria y sentimental.

Vamos a verlo.

Al decir que Nietzsche es un esteta y un humanista, en el sentido clásico de la palabra, así como lo fué en el siglo de oro, León de Medicis y Lorenzo el Magnífico; hombres que no titubeaban en injertar en el tronco de la religión cristiana los vástagos del escepticismo platónico; afirmo una cosa que responde a la verdad y que puede ser de fácil comprobación.

Queriendo esquematizar, como recurso metodológico, podríamos dividir la materia tratada por Nietzsche en las siguientes categorías: ideas sociales, ideas religiosas, ideas éticas, ideas estéticas.

Empezaremos con el estudio de las ideas sociales, por ser las que más de inmediato tocan a la producción nietzschiana, y se puede decir que son las que dominan su inteligencia orientándola hacia aquel aristocratismo que es base de la concepción moral, religiosa y estética del pensador alemán.

La sociedad no tiene, para Nietzsche, otra división sino la de: dueños y esclavos; con un simplicismo dogmático que aboga muy poco en favor de su pretendido elemento filosófico, él no ve, en la proteiforme alma colectiva sino seres nobles y seres innobles. No hay intermedio, no hay eslabón ninguno entre una clase y otra. Los privilegiados son los destinados a mandar; a los otros no cabe otra honra sino la de servir.

Viene, esta concepción personalísima de la sociedad, reforzada por un excesivo culto de lo bello, por un sentimiento de la propia dignidad que lo pone en un sitio aparte de la muchedumbre amorfa y le hace ver la distancia que lo separa de los demás.

Nietzsche parte del concepto inicial, errado sin duda, pero íntimamente sentido para los fines de su producción aristocrática, de un panteísmo bruniano, del concepto de que la naturaleza de-

be desarrollarse sin trabas; que cada uno debe obedecer al propio *imperativo categórico*, que dice: el antiguo *gnosce te ipsum* pero en el sentido de dejar libres todos los instintos, todos los deseos, todos los apetitos.....

Por eso Nietzsche puede afirmar que “la *sociedad* es en el fondo contraria a la naturaleza”, porque ella detiene en muchos puntos la expansión de la iniciativa individual. Los fuertes, dice, aspiran a separarse como los débiles a unirse”; si los primeros forman una sociedad, es en vista de una acción agresiva común, para la satisfacción común de su voluntad de poder; “a la conciencia individual de los fuertes, repugna esta acción en común”; los débiles, sí, se ponen en filas cerradas para el gusto que prueban y con eso su instinto queda satisfecho, así como el de los *señores* desde el nacimiento (esto es, de la especie hombre, animal de presa y solitario) irritado y molestado en su mismo funcionamiento por la organización. Toda oligarquía, (la historia entera nos lo enseña) oculta siempre en sí misma el deseo de la tiranía; ella tiembla continuamente por motivo del esfuerzo que cada uno de los individuos que la componen tiene necesidad de ejercer, para quedar dueño de su deseo.” — *Genealogía de la moral*. — (pág. 237 etc.)

Esta concepción profundamente egotista y aristocrática, que en las obras de Nietzsche es como el *leit-motif* de los sinfónicos wagnerianos, no solo sirve en forma admirable para su carácter de esteta y hombre superior, sino que le ocasiona exquisitos pretextos para esas *causeries* tan fríamente literarias y tan amablemente escépticas, que son el rasgo característico de su producción.

El aislamiento para él, es distintivo de nobleza, así como la comunión es señal de degeneración; el hombre verdaderamente superior, es el que se basta así mismo, (recuérdese el *omnia bona mea mecum porto* del filósofo aquel); es el que siente la nostalgia de las cumbres inaccesibles, por que ellas simbolizan muy bien el deseo ardiente de perfeccionarse, de elevarse, de superarse.....

Superarse, sí; porque veremos que la concepción del *hübenmench* nietzschiano, no solo es estéticamente hermosa, sino que simboliza la misma perfeccionalidad de la naturaleza humana, según la entendía el espíritu profundo de J. B. Vico.

Este instinto de fuerza, dice Nietzsche, es innato en todos, hasta en los mismos débiles, y las asociaciones y los gremios que pululan entre la muchedumbre, no son sino una prueba más de esa verdad.

“Cuando remontamos hacia los orígenes del cristianismo en el mundo romano, encontramos sociedades de socorros mutuos, asociaciones para aliviar a los pobres, cuidar los enfermos, enterrar los muertos; asociaciones que se han desarrollado en las más bajas esferas sociales de esa época, donde se cultiva este remedio capital contra la depresión, la pequeña alegría, la alegría de la beneficencia mutua; ¿acaso era eso entonces algo nuevo, una verdad descubierta? Gracias a una “voluntad de mutualidad”, así provocada, por una semejante formación de “la majada”, de comunidades, de cenáculos, se llegará a dar nacimiento otra vez, aunque en un grado inferior, a esa *voluntad de potencia*; la formación de “la majada” es, en la lucha contra la depresión, un importante progreso, casi una victoria. El aumento de la comunidad fortifica en igual forma en el individuo un nuevo interés que lo arrastra, contra su misma voluntad, contra su misma persona (la “despectio sui” de Genliuz). Todos los enfermos, todos los melancólicos, aspiran instintivamente, empujados por el deseo de alejar de sí su malestar, y su sentimiento de debilidad, a una organización en “majada”; el cura ascético adivina ese instinto y lo anima; en toda parte donde hay “majada” hay el instinto de la debilidad que los ha querido, la habilidad de los curas que los ha organizado”. (idem).

Vemos, por lo tanto, como en Nietzsche, lo mismo que en Stirner, se encuentra totalmente invertida la vieja definición aristotélica que creía que para vivir solo y único, fuera menester ser o bruto o Dios. En vez de decir: el hombre es por su natu-

raleza sociable, Nietzsche ha descubierto que él es por su naturaleza antisocial.....

Estas afirmaciones, — lo repito ahora porque lo creo necesario — estas afirmaciones que no se encuentran derivadas de ningún raciocinio formal, no pueden, ni deben ser tomadas en cuenta, para hacer una crítica filosófica del que las ha emitido; ellas, por lo menos en Nietzsche, no tienen otro fin que uno puro y sencillamente estético; una actitud de rebelión que se armoniza con sus aspiraciones y con sus ideas.

Es por eso que en Nietzsche encontramos otra idea predominante: la idea de la lucha, que Zaratustra predica con palabras tan maravillosas.

“Luchad siempre y sin interrupción; vosotros buscareis a vuestros enemigos; vosotros combatiréis vuestro combate; vosotros luchareis para vuestro pensamiento, y si vuestro pensamiento sucumbe, vuestra lealtad deberá alegrarse de vuestra derrota..... Vosotros amareis la paz como un medio de nuevas guerras, y la paz corta más que la larga.... Yo no os aconsejo el trabajo, yo no os aconsejo la paz, sino la victoria. Que vuestro trabajo sea un combate, y vuestra paz una victoria.... Una buena causa, se ha dicho, santifica la guerra; yo digo: una buena guerra santifica cualquier causa. (1) (Así hablaba Zaratustra, pág. 67).

Zaratustra, o mejor dicho Nietzsche, profesa un soberano desprecio por lo que él llama la canalla: “La vida es una vertiente de alegría, pero en toda parte en donde la canalla va a beber, las fuentes quedan envenenadas. Yo amo todo lo que es limpio; pero no puedo ver las gargantas plebeyas y la sed de la gente impura. Ella ha echado su mirada al fondo de los pozos; ahora su sonrisa odiosa se refleja en el fondo y me mira.

La llama se indigna cuando ellos ponen al fuego su corazón húmedo; el espíritu mismo hierve y humea cuando la canalla se acerca al fuego.

El fruto se vuelve podrido entre sus manos, su mirada inu-

utiliza y seca el árbol frutal. Y más de uno, que se retira en el desierto para sufrir la sed con los animales salvajes, quería solamente no sentarse más cerca de la fuente en compañía de camelleros sucios". (Así hablaba Zaratustra, pág. 136).

Consecuente con estas premisas, Nietzsche afirma que para el espíritu superior, no hay estado o patria que baste; la patria, según su expresión, es un prejuicio bueno para los que tienen en sí el germen del super-hombre, porque estos llevan en sí mismos su patria y en el porvenir de los hombres.

II

Es este sentimiento del alto valer de su propia personalidad, el que lleva a Nietzsche a las conclusiones más absurdas, desde el punto de vista ético y filosófico.

"En el "yo" no hay nada de "nexos casuales", de necesidad, de servidumbre psicológica; el "efecto" no es una consecuencia de la "causa"; ninguna "ley" impera. Nosotros, nosotros solos hemos inventado las causas, las sucesiones, la relatividad, la restricción, el número, la ley, la libertad, el motivo, el fin; y si nosotros entremezclamos las cosas de este mundo de apariencias, convencionales "de por sí", seguimos haciendo mitología, como hemos hecho hasta ahora; en la vida real no existen sino voluntades fuertes y voluntades débiles. Casi siempre es un síntoma de que algo falta a un pensador, cuando él en cada "nexo casual" en cada "necesidad psicológica siente y ve una restricción, una necesidad, un deber de obediencia, una presión, una falta de libre albedrío".

Y agrega: "esta manera de sentir revela la índole del individuo que piensa. En general, algunos no quieren prescindir de su propia *responsabilidad*, de esa fé en sí mismos; otros no

quieren responder de nada, rechazan toda culpa propia y procuran movidos por una especie de interior desprecio del propio ser, echar toda responsabilidad sobre los extraños". (Más allá del bien y del mal; pág. 23).

"Todo hombre electo, busca instintivamente un nido donde esté seguro de la masa, del "vulgum pecus"; donde pueda olvidar al hombre medio, que es la regla, para sentirse si mismo como una excepción... El que, al contacto con los demás hombres no ha pasado a través de todos los colores de la miseria, y se vuelve alternativamente gris o verde por el asco, por la náusea o la compasión, no es ciertamente un hombre de gustos superiores... Toda compañía que no sea la de sus iguales, es mala..."

"Los libros al alcance de todos emanan siempre un feo olor; el olor de la gente baja. Donde el pueblo come y bebe, y hasta donde adora, es inevitable el feo olor. No debemos ir a las iglesias si queremos respirar aire puro". (El espíritu libre, pág. 36)

Al leer estas páginas se nos presenta a la memoria otro escritor, menos profundo que Nietzsche, pero igual, sino más decidido cultor de las formas y esteta en todo el alcance de la palabra: el inglés Oscar Wilde.

En los libros del uno como del otro, se adivina el espíritu pagano que los animó: ellos han tratado el mundo como una esfera de cristal, teniéndola en sus manos y dándole vuelta para complacer a una fantasía obstinada; en sus libros los dos han exaltado teóricamente el pecado, predicado la emoción por amor hacia la emoción misma; han sostenido la inmoralidad de todo arte. Espinoza, este incorruptible maestro de corrupciones, les debió haber enseñado que en la vida actual del hombre, el dolor es un puente echado hacia una mayor perfección. Pero, mientras el inglés se quedó suspendido en el abismo, por creer que el dolor que llena el arte, purifica e inicia al mismo tiempo; el

alemán pasó atrevidamente a la otra orilla para buscar la cumbre tan deseada...

Los dos fueron lógicos y consecuentes consigo mismo, habiendo sentido que, distinguidos los dos mundos, del arte, donde el dolor es agradable, de la vida, donde el placer es doloroso, los dos buscaron de transfrir a la región más profunda y oscura de sus almas, las calidades soñadas de un mundo irreal en la realidad que se ve y que se toca, buscaron *vivir* la vida del arte mismo.

Ni se diga que este fué el proceso consciente de la perversión de los dos escritores: tal vez fuera demasiada indulgencia o severidad creer sus pecados intelectuales o queridos. Seguramente ambos bajaron hasta lo hondo de sus naturalezas, en busca de nuevas emociones estéticas, de nuevos sujetos para sus maravillosas composiciones...

Las ideas religiosas de Nietzsche no tienen en sus obras la trascendencia que pudiera creerse: todo se reduce a una repulsión innata contra las doctrinas cristianas, originada por la constatación falsa de un hecho: del derrumbe del Imperio Romano.

Según Nietzsche, el imperio romano el que existía "aere perennius" la más grandiosa forma de organización, bajo condiciones difíciles, que se haya podido alcanzar; tan grandiosa que, comparada con ella, todas las que la ha precedido y todas las que le ha seguido no ha sido sino diletantismo, cosa imperfecta; ahora bien: los "anarquistas"—para Nietzsche anarquista y cristiano es una misma cosa—esos santos anarquistas han hecho la *gracia* de destruir el imperio romano, hasta que no quedó sino piedra sobre piedra; hasta que los Germanos mismos y los Longobardos pudieron adueñarse de ella... "El cristiano" y el "anarquista" son decadentes los dos, los dos incapaces de obrar de otro modo que no sea *disolvente*, *verminosa*, *debilitante*; en todas partes ellos sacan sangre; los dos tienen, por instinto, *odio a muerte contra* todo lo que existe, lo que es grande, lo que dura, lo que promete un porvenir a la vida... El cristianismo,

para Nietzsche, ha sido el vampiro del Imperio Romano; el ha reducido a la nada, en una sola noche, esa acción enorme de los romanos; haber ganado un terreno para un gran cultivo que tiene su tiempo. No se comprende? El imperio Romano que nosotros conocemos, que la historia de las provincias romanas enseña a comprender más, esa admirable obra de arte del gran estilo, era un principio, su edificio calculado para terminarse dentro de miles de años; jamás hasta nuestros días se ha construido de esa manera, en una medida igual, *sub specie aeterni!* Pues bien: esa organización era bastante fuerte para sobrellevar malos emperadores; la fatalidad de las personas no tiene que ver con ciertas cosas — y sin embargo ella no ha sido bastante fuerte contra la especie, la más corrompida de las corrupciones, contra el *cristiano*... Léase Lucrecio para comprender a lo que Epicuro hacia la guerra; no era por cierto al paganismo, sino al cristianismo; quiero decir la corrupción del alma por la idea del pecado, de la penitencia y de la inmortalidad. El combatió los cultos *subterráneos*, todo el cristianismo latente; en aquellos tiempos negar la inmortalidad era ya una verdadera *redención* y Epicuro había sido el vencedor, porque todo espíritu respetable del imperio romano era epicureo; sino que compareció San Pablo, San Pablo, el odio de Tschandala contra de Roma, contra el *mundo* vuéltose carne, San Pablo, el judío, el judío errante por excelencia!

Lo que San Pablo adivinó, fué la manera de prender un incendio universal con la ayuda del pequeño movimiento sectario de los cristianos, alejados del judaismo; de la misma manera que, con la ayuda del símbolo "Dios en cruz" se podía reunir en una potencia enorme todo lo que era bajo y estaba secretamente insurreccionado, toda la herencia de los *meneurs* anarquistas del imperio; *la salud viene de los judíos*.

Hacer del cristianismo una fórmula para poner en alza los cultos subterráneos de toda especie, el de Osiris, de la gran ma-

dre, de Mitra, por ejemplo, una fórmula para reunirlos — esta fué la penetración genial de San Pablo.

El instinto de este último era tan seguro que con un despotismo sin rodeos, él puso en la boca de ese *Salvador* de su invención, las representaciones de los que se servían, para fascinar, aquellos religiosos de Tschandala y no solo en la boca; él *hizo* de su salvador algo que un sacerdote de Mitra también pudiese comprender... Fué este su camino a Damasco: él comprendió que *tenía necesidad* de la fé en la inmortalidad para despreciar el mundo, que la idea del infierno podría volverse dueña de Roma; que con el *más allá* se podría matar la vida misma... nihilista y cristiano: las dos cosas se han podido reunir..."

De este resúmen incompleto puede adivinarse cual ha sido la mentalidad de Nietzsche respecto a las ideas religiosas; íntimamente coligada con el prejuicio de la moral cristiana o judaica, como veremos mejor, el escritor alemán vé en todo imperativo religioso, una orden que comprime y hasta deprime la libre expansión de las fuerzas vitales de cada individuo. Y por eso mismo, porque Nietzsche comprendió demasiado claramente que el ideal cristiano se presentaba como una fuerza destructora de todas las idealidades paganas, de todo ese mundo oriental de ensueños y de armonías, de ese paraíso de dioses divinamente humanos y egoistas; por eso es que Nietzsche odió a la moral cristiana; por convertirse en un cantor supremo de la religión panteística griega y persiana...

El ha sido un estudioso apasionado del mundo oriental y ha sabido interpretar como ningún otro supo, hasta entonces el *misterio* de Dionisos que le sirvió admirablemente para su teoría sobre la música y la tragedia.

Nietzsche tiene en religión ideas completamente distintas de las de sus hermanos Stirner y Guyau: lo que lo hace rehuir la religión cristiana es ese sentimiento de piedad y de caridad,

que según el escritor alemán, es el estigma infalible del hombre débil, de la "majada"... del esclavo...

Mientras que para Stirner el imperativo individual consiste en la expansión *contra* la naturaleza; para Nietzsche consiste en obedecer a esa misma fuerza materiosa. Mientras Nietzsche condena la piedad y el perdón, bajo el pretexto de que son virtudes de esclavo, Guyau afirma": Tengo dos manos, una para serrar las manos de aquellos con quienes marchó en la vida; la otra para levantar a los que caen. Yo podría también, darles a estos últimos las dos manos al mismo tiempo (Esquisse d' une moral sans obligation ni sanction pag. 194).

La exquisita sensibilidad de Nietzsche como esteta y como hombre de letras, lo llevó hasta el extremo de mirar con ojo de pagano toda la maravillosa producción del mundo occidental cristiano: mal podía acomodarse a las normas constrictivas de una moral extremadamente rígida él que se había entusiasmado al contacto de las divinidades paganas, que había sabido ir hasta el fondo de una religión basada solo y exclusivamente sobre los postulatos de la naturaleza: de dioses que poseían las mismas virtudes y los mismos vicios de los hombres; que eran supremamente fuertes y sanamente materialistas... La concepción de un Dios en la cruz del esclavo, no podía chocar con su alma de exquisito pagano. Así fué en realidad y Nietzsche al par que Carducci, Shelley y Heine, no pudo nunca reconciliarse con una religión que proscribía las dotes que más preciosas aparecían a sus ojos.

De ese mismo desprecio hacia la religión judaica y cristiana se derivó la concepción ética y la tan conocida moral de los patrones y de los esclavos...

"La fe cristiana, dice Nietzsche, en su capítulo sobre la "Manía religiosa" — es desde su principio, sacrificio: sacrificio de toda libertad, de todo orgullo, de toda independencia del espíritu; y al mismo tiempo es desprecio de si mismo; mutilación de si mismo" (pág. 54). Y poco después: "El amor de Dios:

hay el amor rústicamente sincero y discreto de Lutero; en el amor de Dios hay el éxtasis oriental del esclavo libertado o perdonado contra sus méritos, como San Agustín, en él que nos ofende la falta de actitudes o deseos aristocráticos: Hay la delicadeza y la concupiscencia feminil que, vergonzosa e ignorante, aspira a una unión "Mystica et phisica" como en Madama de Guyon. En muchos casos se revela bastante extraña como un disfraz de la pubertad de una niña, o de un joven; otra vez esconde el histerismo de una vieja soltera, otra vez hasta su última ambición: en estos casos la Iglesia ha cononizado varias veces a la mujer..."

Tenemos en estas pocas palabras condensada la esencia misma del prejuicio religioso de Nietzsche; prejuicio que no pasa de ser una actitud puramente mental, ya que fuera ofender al escritor alemán, suponerle capaz de haber podido llevar al terreno de la vida real lo que solo hospedaba en su cerebro, como consecuencia de un silogismo errado. Todo se reducía en él a ese supremo desprecio del mundo cristiano predicado por Cristo y por sus apóstoles; a una insanable antinomia intelectual entre los principios admirables de un altruismo que llega hasta el sacrificio y la idea del super-valor de la voluntad individual y del prestigio intelectual del hombre que se siente empujado hacia destinos superiores...

Nietzsche amó la religión pagana — máxime la griega porque en aquella se armonizaba y se divinizaba ese mismo valor y ese mismo prestigio de la personalidad; más aún: en el panteón griego, cada Dios no es sino la personificación de las virtudes del hombre, es la sublimación de las energías que hacen rico a cada individuo; por eso Nietzsche amó apasionadamente al paganismo, por eso se entusiasmó con sus principios que proclamaban una jerarquía espiritual y social que reconocían y provocaban la expansión de esa "vida libre y jocunda" que fué y será el lunar preferido de todos los egotistas que aparezcan en la humanidad...

Prueba de este sentimiento es lo que dice Nietzsche en el número 49 de su "Mania religiosa": "lo que más nos admira en la religiosidad de los antiguos griegos, es la exuberancia de agradecimiento que de la misma emana; el hombre que ocupa una semejante posición frente a la naturaleza y a la vida, pertenece a una especie muy aristocrática! Más tarde, cuando la plebe en Grecia tuvo la mayoría, el miedo se adueña también de la religión y el Cristianismo se va preparando"...

Para Nietzsche en fin, el sentimiento religioso no tiene razón de ser sino cuando esté legitimado por un fin noble y elevado: el de la sublimación del hombre y de la perfección de sus facultades.

Así, para él, el filósofo — como lo comprende "el espíritu libre" — se servirá de las religiones como medio de cría y de educación; y agrega: "la influencia electiva, educadora, vale decir así destructora como creadora, que puede ser ejercitada por medio de las religiones, es variada y múltiple, según los hombres que se someten a la fascinación y buscan protección en ellas. Para los fuertes, para los independientes, preparados y predestinados a la dominación, en los que se personifican la inteligencia y el arte de una raza dominadora, la religión es un medio más para suprimir los obstáculos, para poder reinar; es un ligamen que une dominadores y dominados, que revela y pone en poder de los dominadores la conciencia de los súbditos, lo que esta tiene más escondido, más íntimo, lo que precisamente quisiera rehuir de la obediencia. Y en el caso en que algunas naturalezas, de noble origen, se inclinen, con motivo de una alta espiritualidad hacia una vida más retirada, más secreta no conservando sino la parte más delicada del dominio (ejerciéndose sobre discípulos escogidos) la religión misma podría ser utilizada como un medio para precaverse contra el fracaso o contra los aburrimientos unidos a un dominio más grosero y de quedar contaminados por el *inevitable* barro de la política.

Esto comprendieron los brahmanes, por ejemplo; gracias a

la ayuda de una organización religiosa, ellos se aseguraron el derecho de elegir reyes a los pueblos, mientras ellos se mantenían apartados, sintiendo que sus fines eran superiores al del mismo rey. Entre tanto la religión ofrece ocasión a una parte de los sujetos de prepararse para una futura dominación, esto es a aquellas clases que se avanzan lentamente y en las que, gracias a la vida metódica, la fuerza y el deseo de voluntad, la voluntad de la dominación de sí mismos, están en un aumento continuo; a estos la religión ofrece ocasiones y tentaciones suficientes para buscar las vías de una intelectualidad más elevada, de probar las sensaciones de la grande dominación de sí mismos, del silencio y del aislamiento — el ascetismo y el puritanismo son medios de educación y de ennoblecimiento casi indispensables, cuando una raza quiere triunfar de su propio origen plebeyo y elevarse a una dominación futura. En lo que se refiere a los hombres vulgares, que son el mayor número, y que existen únicamente para servir y ser útiles a la universalidad y solo por eso tienen derecho de existir, la religión tiene el inestimable privilegio de dejarlos satisfechos de su propia posición, de procurarles la paz del corazón, de ennoblecer su obediencia, de confortarles para que dividan con sus iguales los dolores y las alegrías de la vida, de contribuir a transfigurar en cierto modo la bajeza y monotonía de sus existencias, la miseria de su alma semi-bestial.

La religión y la significación religiosa de la vida embellecen con un rayo de sol la existencia de estos hombres, y les hace posible la vista de sí mismos; influye, al par que la filosofía, de Epicuro, sobre los que sufren aliviando sus sufrimientos, para santificarlos y justificarlos. En el Cristianismo y en el Budismo tal vez nada hay más digno de respeto que su arte de enseñar, aún a las criaturas ínfimas, de elevarlas, mediante la piedad, a un orden aparente de cosas más alto, de volverlos satisfechos, gracias a esto...

Ahora bien: la sublimación más perfecta, Nietzsche la en-

cuentra no en la religión cristiana, que predica la piedad, el amor, la compasión, sino más bien en las religiones orientales, todas invadidas por un sentimiento aristocrático de casta, y en las doctrinas de Epicuro, quien predica la glorificación del propio "yo" la dignidad de la personalidad humana, el heroico sufrimiento de los males que nos acechan, y la aspiración a dominar los sentimientos débiles que gravitan sobre la masa común de los hombres.

Ese sentimiento de soberbia satánica, es el que ha hecho germinar en el espíritu de Nietzsche el odio hacia todas las doctrinas que predicán el amor, la piedad, la abnegación.

Para un esteta, un aristócrata del pensamiento, un egotista, no podía ser de otra manera.

En efecto: Nietzsche no ama la muchedumbre, sino el aislamiento; Nietzsche predica la sublimación de los sexos; aboga por la transformación de las razas; y el Cristianismo habla de amor, que es precisamente la relación entre seres que se reconocen recíprocamente necesario complemento; de piedad, que es sentimiento de solidaridad humana; de abnegación, que es el grado más alto de ese mismo sentimiento!..

Estrictamente conexas con sus ideas religiosas, son las morales; y hasta podría decirse, sin temor de ser contradicho, que unas y otras no son sino los dos aspectos de una misma cosa; dos polos de un mismo sistema. En verdad, las ideas morales de Nietzsche, si es que de moral pueda hablarse, se resumen en la adversión a toda traba, a todo principio de amor o de piedad, predicado por el Evangelio, defendido por el Cristianismo.

Para Nietzsche no hay, ni puede haber moral, entendiéndose esto como un principio categórico aplicable a toda persona; como la sanción de un poder sobre-humano que todo lo pueda y a todos se imponga.

Como el escritor alemán niega la igualdad de los individuos, y reivindica una posición social privilegiada para las inteligencias superiores; como para él el único imperativo es: "desarrolla a ti mismo según los impulsos de tu naturaleza"; claro resulta que ninguna moral, ninguna ley cristiana podría ser aceptada por él; por él que ve en el Evangelio y en sus tendencias humanitarias, el mayor y más peligroso enemigo del espíritu pagano de Grecia y de Roma.

Cada hombre tiene su fin, cada individuo su moral; henos por consiguiente, en el anarquismo completo y más absoluto; en lugar de las tablas del viejo y nuevo testamento, Zarathustra bajó de la montaña con otra tabla: la de la completa rebelión a toda moral y a toda constricción.

De aquí se deriva la doble moral que Nietzsche con tanta galanura expone y comenta en sus libros: aquella moral de los patrones y de los esclavos que se contraponen armónicamente a la otra concepción social de seres privilegiados y de "majada"...

Hay una moral para los patrones, y consiste en tender siempre hacia una liberación siempre más completa, hacia un desprecio siempre más grande de todo lo que es límite, traba, mutualidad; cada hombre superior debe pensar en adquirir la mayor suma de perfecciones, en multiplicar sus fuentes de sensaciones y de goces; a libertarse de todo yugo, a sobreponerse a todo prejuicio del vulgo y de la "majada"... Y hay una moral para los siervos, para aquellos quienes, por un sentimiento de inversión psicológica, admirablemente notomizado por Nietzsche, se sienten siempre más atraídos hacia la obediencia, y que han llegado hasta el extremo de hacer consistir lo bello, lo único, en esa misma obediencia... Así es que, mientras para los primeros no tienen sentido ninguno las palabras piedad, amor, abnegación, misericordia; para los otros circunscriben el máximo de perfección a la que pueden llegar los hombres por sí mismos...

Este aislamiento es soberbio de la criatura superior, es un

rasgo característico en Nietzsche y una fuente inagotable de recursos literarios y de brillantes imágenes estéticas.

Consecuente es Nietzsche con sus ideas: ni a la mujer ahorra sus flechas envenenadas y el viejo sabio prusiano recomienda a sus discípulos de precaverse lo bastante de las redes que les preparan las mujeres en miles ocasiones en la vida... En la mujer, que el Cristianismo casi idolatró, Nietzsche no ve sino una prodigiosa máquina... incubadora, buena tan solo para criar varones. Según él, las funciones de los dos sexos son bastante diferentes; el hombre debe producir obras de todo género; para la mujer, afuera del amor y del niño no hay nada.

“Todo es enigma en la vida de la mujer — dice Zarathustra — y todo en la mujer tiene una solución, que se llama: parto”. Y agrega: “La felicidad del hombre se llama “yo quiero”; la de la mujer se llama “él quiere”. Zarathustra concluye que “el hombre debe ser criado para la guerra, la mujer para el descanso del guerrero; todo lo demás es locura”.

La razón suprema del matrimonio jamás consistirá en una “idiosincrasia”, como nunca se funda en el amor; sino más bien en el instinto de la especie, en el instinto de la propiedad (siendo la mujer y los hijos propiedad del padre); se funda en el *instinto de dominación* que sin cesar se organiza en la familia en pequeña soberanía, que tiene necesidad de hijos y herederos para mantener, también fisiológicamente la medida adquirida de potencia, de influencia, de riqueza, para preparar una solidaridad de instinto entre las especies”.

La desigualdad entre los seres y los individuos es de tal manera necesaria, que Nietzsche afirma: “que cuando todos los derechos sean iguales, todos los derechos se volverán inútiles”. (Aurora pág. 128 y sigg)

Con Flaubert y con Renan, así como con casi todos los románticos que él despreciaba, Nietzsche admite que un pueblo no es sino un *desvío de la Naturaleza* para producir unos cuantos hombres superiores, y sienta este gran principio de que: “la

humanidad debe siempre trabajar para dar a la luz individuos geniales; esta y ninguna otra es su misión". La cultura racional del hombre superior (la perspectiva llena de promesas) mediante una selección y educación apropiada, debe llevarnos a la producción de un tipo superior de hombre; y "la producción de una aristocracia — sentencia Nietzsche — necesita una armada de esclavos". La esclavitud es una condición esencial de una alta cultura; hé aquí una verdad que no dejará lugar a ninguna ilusión acerca del valor absoluto de la existencia. Es este el *buitre* que devora el hígado del moderno Prometeo, del campeón de la civilización. La miseria de los hombres que vegetan penosamente debe ser aumentada para permitir a un pequeño número de genios olímpicos producir las grandes obras de arte".

Con estas premisas, se derrumba toda moral y la acción demoledora de la concepción nietschana se evidencia con toda claridad.

Sin embargo no nos olvidemos de que esta concepción no pasa de ser una amable divagación literaria y sin ningún relieve filosófico; Nietzsche no se hubiera nunca soñado de llevar a la práctica de la vida esas teorías y eso precisamente nos confirma en la idea sentada desde el principio del presente escrito, de que Nietzsche no es sino única y exclusivamente un hombre de letras.

La concepción amoral de Nietzsche, pues, no debe tener mayor alcance que la que el mismo escritor le daba: una actitud de rebelión aristocrática, de un esteta, enamorado de lo bello, de lo raro, de lo único; de un hombre que sentía demasiado vivamente la diferencia existente entre su propio espíritu refinado y el alma oscura y grosera de la muchedumbre amorfa.

Veremos enseguida que valor puede tener, en la obra nietschana la concepción del super-hombre: eje de todas las obras del escritor alemán; el "hübermanch". Por ahora, terminemos la reseña empezada y hablemos de sus ideas estéticas.

Son estas, sin discusión, las que más interés despiertan y que más justifican nuestras anteriores premisas.

Para darse cabal idea de la concepción estética de Nietzsche es necesario que estudiemos un poco los elementos esparcidos en la mayor parte de los libros, principalmente en el “Origen de la Tragedia”, en esa obra que es como el acto de fe estético del escritor alemán.

De esa rápida reseña veremos confirmadas nuestras anteriores premisas: en otras palabras, nos convenceremos de que Nietzsche no ha sido sino un hombre de letras, un cultor apasionado y aristocrático de las formas, del estilo, de la música.

Goethe ponía como fin del universo, la producción de la obra de arte y para hablar más claramente del drama; mejor todavía, de *Fausto*. La concepción estética del mundo, después de Schiller y Goethe, para no remontar más arriba, es uno de los lugares comunes del romanticismo. Lo mismo para la moral “estética”, que para la reducción de la metafísica a una estética superior. Nietzsche, en el prefacio que escribió en el año 1886 para una nueva edición de su libro “El origen de la Tragedia” se presenta como un inventor y un innovador. “Ya — dice — en mi prólogo a Ricardo Wagner era el *arte* y no la moral, la que se representaba como la actividad esencialmente metafísica del hombre; en el curso del presente libro yo produzco, en diferentes lugares, esa proposición singular, que la existencia del mundo no puede justificarse sino como un fenómeno estético. Bajo esa relación, el mundo es bello en su conjunto, feo y risible en muchos detalles. Sabio es aquel que sabe unas veces reír, y otras admirar”.

De esa manera todas las teorías románticas, las unas después de las otras, desfilan en las obras de Nietzsche; la teoría del “humour” y de la risa, propia de Jean-Paul, es un ejemplo.

Todos saben que Jean-Paul había elevado a la altura de una forma sublime la destrucción de todas las cosas, hasta de las más bellas, delante del infinito; la burla rebajando lo que parecía grande, la risa aleteando encima de todo, de la montaña y del mar, y reduciendo todo a lo infinitamente pequeño, gracias a la inmensidad de su desprecio. Y se ha verificado con Nietzsche ese fenómeno que ya se creía definitivamente desaparecido, pues el mismo Victor Hugo no supo, en sus tentativas de risa y de broma, sino hacernos entristecer; Nietzsche “crea” nuevamente este viejo y antiguo valor, la risa, y tenemos que confesar que ningún otro ha sabido — como él — dorarla con todos los resplandores de una lírica inspirada. Nietzsche eleva la risa a la altura y dignidad de una religión y hasta la contrapone a la religión demasiado severa de Cristo.

“Cual ha sido hasta la fecha el pecado más grande? No ha sido tal vez la palabra de quien dijo: “desgraciados los que se ríen?”

No encontraba, pues, este mismo materia de risa sobre la tierra? Si es así, él buscó mal. Hasta un niño encuentra en este mundo motivos de risa.

Es que él no amaba bastante; de otra manera nos habría amado a nosotros también, a nosotros que nos reímos de todo! Pero él nos odiaba y nos despreciaba, prometiéndonos gemidos y crujir de dientes.

¿Es, pues, necesario maldecir enseguida, cuando no se ama? Eso me parece de un gusto muy feo. Sin embargo eso hizo; por eso salió del populacho.

El mismo no amó bastante; de otra manera se habría enojado menos de no verse amado. El amor grande no reclama amor.

¡Apartaos del camino pisado por todos esos intolerantes! Allí se mueve una especie pobre o enfermiza, una especie muy plebeya; ella echa una mirada maligna sobre esta vida, ella tiene ojeriza por esta tierra.

¡Apartaos del camino frecuentado por todos esos intolerantes! Ellos tienen el pié y el corazón pesado; no saben bailar. ¡Cómo podría ser liviana la tierra para semejante raza!

Todas las cosas buenas se acercan por vías alejadas. A semejanza de los gatos, ellas también enarcan el lomo y roncan interiormente por su felicidad próxima; porque todas las cosas buenas se ríen.

La manera de andar de una persona deja adivinar si uno camina por su vía; miradme caminar, pues! pero él que se acerca a su fin, ese baila!

Y en verdad, yo no me he vuelto estatua, y no me he quedado todavía entorpecido, embrutecido, marmoreo como una columna; yo amo la carrera. Y bien que haya en la tierra pantanos; él que tiene los pies livianos corre por arriba de los vasos y baila como encima del hielo.

Levantad vuestros corazones, hermanos míos, en alto, más en alto! y no olvidéis tampoco vuestras piernas, buenas bailarinas y más todavía: teneos derechos por la cabeza!

Esta corona del reidor, esta corona de rosas, yo mismo la he puesto sobre la cabeza, yo mismo de santificado mi risa. No he encontrado persona bastante fuerte para eso.

Zarathustra el bailarín, Zarathustra el liviano, él que mueve sus alas, dispuesto al vuelo, haciendo señas a todos los pájaros, listo y ágil, divinamente liviano.

Zarathustra el divino, Zarathustra el reidor, no impaciente, no intolerante, alguien que ama los saltos, yo mismo me he puesto esa corona sobre la cabeza”.

Consecuente con sus aspiraciones de innovador, Nietzsche ha dado un nombre nuevo a un concepto bastante antiguo, que, Schiller y Schopenhauer habían analizado bien: él ha llamado “Apolínea” la contemplación estética del mundo, primer grado de la iniciación religiosa.

El adorador de lo bello dice al mundo y a la vida: “Tu imagen es bella, tu forma es bella — cuando se te contempla

desde lo alto y desde lejos, porqué tus dolores y tus miserias se pierden en el espacio; yo quiero, pues, contemplarte y admirarte”.

Eso del mundo ofrecido como espectáculo agradable y como fin de la misma existencia intelectual y superior de los hombres, no es nuevo ni original de Nietzsche; pero si ha sabido servirse de él admirablemente para sus teorías estéticas y musicales. Renan también, en su tiempo, había dicho y representado el mundo como un inmenso espectáculo que ofrece al contemplador “diletante” las escenas más variadas; y Lucrecio, en su civilización pagana, había ricamente definido la misma idea, con un pesimismo que nada envidiaría a los modernos.

Después de Renan, Nietzsche nos invita a contemplar al mundo como “un drama variado y rico” y en el cual, a pesar de todo, se repiten siempre los mismos episodios! El sentimiento de la “belleza” parece al pensador alemán una justificación suficiente de la existencia; el hombre superior debe vivir como un “apolíneo” para soñar y embriagarse de su mismo sueño.

De este primer período, de la iniciación estética, se pasa a un segundo, más movido, él de la *ebriedad dionisiaca*, que el mismo Nietzsche así explica y comenta: “La psicología de la edad orgiástica, interpretada como un sentimiento de vida y de fuerza exuberante, donde el dolor mismo se percibe como un estímulo, me ha indicado el camino que me llevó a la noción del sentimiento trágico, tan despreciado por Aristóteles, como por los pesimistas... La afirmación de la vida hasta en sus más difíciles problemas, en sus más espantosos episodios, la voluntad de vivir exaltándose en el conocimiento de su inagotable fecundidad, en presencia de la destrucción de los más bellos tipos de la humanidad; es esto precisamente lo que yo he llamado espíritu dionisiaco; y es allí que yo encontré la llave que me ha abierto el alma del poeta trágico. El alma trágica no quiere liberarse del terror y de la piedad; ella no quiere “purificarse” de una pasión peligrosa por medio de una explosión violenta de es-

ta pasión misma; es así que lo entendió Aristóteles; no, ella quiere, más allá de la piedad y del terror, ser ella misma la alegría eterna del devenir, esa alegría que comprende en sí la misma "voluntad de destruir".

Schopenhauer había ya distinguido el estado estético del alma del estado metafísico. Para el artista, el mundo es un "conjunto de ideas análogas a aquellas de Platon, que se realizan en los individuos, dándoles su misma forma". Schopenhauer además admite que podamos tener conciencia en nosotros mismos de nuestra identidad radical con todos los seres y que podamos de esa manera correr el velo de la ilusión individualística y vivir en otro.

Nietzsche, a su vez, admite y reconoce ese mismo poder.

Pero, mientras Schopenhauer siente, frente a la conciencia adquirida de la miseria universal, una "piedad" infinita, por este mundo y un deseo infinito de "destruirlo"; Nietzsche, al contrario, siente nacer de esa contemplación horrorosa una ebriedad infinita, análoga a la de las bacantes; y es este precisamente el estado que él llama dionisiaco. Así, al sentimiento trágico y pesimista de la existencia sucede, en Nietzsche, el sentimiento entusiasta y optimista, sin que la concepción fundamental de querer vivir se cambie.

Es este entusiasmo y este optimismo el que inspira los mejores cantos de Zarathustra.

Después de haber hablado de ebriedad, Nietzsche se ve finalmente obligado, en presencia del universo como él lo concibe, a despertar nuestro valor y lo hace en términos sumamente líricos:

"Hay algo en mí que yo llamo coraje: es lo que ha matado en mí hasta ahora todo movimiento... porque el coraje es el mejor asesino; el coraje que *ataca*; porque en todo ataque hay charanga.

El hombre, por lo tanto, es la bestia más animosa; es por eso que ella venció a todas las demás. Al sonido de sus clarines,

él ha sobrepasado todos los dolores; pero el dolor humano es el más grande de todos.

El coraje mata también el vértigo de los abismos; ¿y cuando es que el hombre no está al borde de un abismo? Mirarme, ¿no es mirar un abismo?

El coraje es el mejor de los asesinos; el coraje mata también la piedad; y la piedad es el abismo más hondo; tan hondo que el hombre que ve en la vida, ve en el dolor;

El coraje es el mejor de los asesinos, el coraje que ataca; él acabará por matar a la muerte; porque él dice: "¿cómo? ¿es esta la verdadera vida? Vamos! empecemos otra vez!

En esta máxima, hay mucha charanga. Que oiga el que tiene *oído*".

‘El origen de la Tragedia’ la obra juvenil de Federico Nietzsche es un libro de filosofía del arte; su fin, es indicar en el culto de la belleza el único refugio contra la vida, la única posibilidad de paz.

Nietzsche pensaba que ningún otro pueblo hubiera podido servir de modelo, fuera del griego. El alemán pensaba que el ideal clásico sería un modelo imperecedero también para la época moderna y que ningún progreso, ninguna educación política y social de las masas podría impedir al género humano de volverse bárbaro el día en que se hubiese cesado de admirar la noble sencillez y gravedad del arte helénico. Más aún: él estaba convencido de que la cultura griega, tan orgullosamente despreciada por los apóstoles del progreso científico fuese en realidad muchísimo superior a la nuestra, que los griegos se hubiesen acercado mucho más que nosotros a la solución del grave problema de la existencia y que ellos solo podrían sernos maestros no solo por lo que se refiere al buen gusto, sino en todo: en el arte y en la vida.

Solo Grecia, en efecto, había verdaderamente comprendido la misión filosófica y social del arte; solo Grecia había podido conseguir una civilización completa, armónica, bella. Revelarla a

·sus contemporáneos le pareció a Nietzsche una obra noble, y se puso con ardor a llevarlo a efecto. También Grecia antigua del VI y VII siglo había sido inquieta, caótica casi tanto como Europa del siglo XX, pero no había perdido su ánimo y sus esfuerzos titánicos la habían conducido otra vez hacia la luz, y poco a poco había llegado a concebir el supremo ideal de la belleza. Homero le había dado la poesía; Egipto la plástica; Asia la música. Un grande, por fin, Esquilo, debía darle la forma única en que todos los artes se funden armoniosamente: la tragedia. Desde entonces Grecia había empezado a existir.

A este punto, Nietzsche, volando a través de veinticinco siglos, quiso mostrar a los alemanes su Esquilo moderno, Wagner, quien volvía a tomar la tradición antigua; reunía los esparcidos miembros de la tragedia y reconducía el arte a su alta misión, aquella de consolar y levantar al hombre.

El escritor alemán, con un maravilloso análisis psicológico de los griegos, ha tentado una interpretación de los orígenes del teatro griego, dándole como elementos fundamentales el espíritu apolíneo y el dionisiaco.

Ya hemos visto en qué aquellos consisten; pero oigamos mejor a Nietzsche en algunos pasajes en que trata "ex profeso" dicho punto.

"El espíritu apolíneo fué para el pueblo griego el símbolo del sueño, de la contemplación estática, de la apariencia, encarnado en Apolo, el dios creador de todas las formas.

El espíritu dionisiaco, al contrario, es el símbolo de la embriaguez, del horror, encarnado en Dionisio y en un cabrón.

El segundo elemento es la consecuencia del primero, es la constatación de la realidad frente a la imaginación, es la desesperación y el pesimismo que se infiltra en el espíritu de los mor-

tales. Todos los seres y todos los pueblos primitivos, bajo la potencia del narcótico han cantado sus himnos; o bien, bajo el influjo poderoso de la primavera que conmueve la naturaleza entera, se han despertado aquellas exaltaciones dionisiacas, capaces de arrastrar en su vuelo al individuo olvidado de sí mismo. También en la Edad Media alemana, muchedumbres siempre más numerosas se daban vuelta, bajo el soplo de esa misma potencia dionisiaca, de plaza en plaza, cantando y bailando; en aquellos bailarines de S. Juan y de S. Guido, nosotros reconocemos las caras báquicas de los griegos, el origen de los cuales se pierde a través del Asia Menor y en las orgias Saceas. Hay seres que por ignorancia o por falta de mente se apartan de esas apariencias, como si fueran enfermedades populares, y en la segura conciencia de su propia voluntad, se burlan o las consideran con compasión. Pero los pobres no sospechan siquiera la palidez cadavérica y el aspecto pavoroso de su "salud", cuando delante de ellos pasa la vida impetuosa de los soñadores dionisiacos..." (pág. 32)

De tal manera que la fusión de los dos elementos, el sueño y la realidad, han dado origen a ese producto superior de la vida intelectual que es la tragedia griega: de esa forma el hombre se ha aliado otra vez con el hombre bajo el encanto dionisiaco; la naturaleza loca, enemiga esclava, celebra ella también la reconciliación con su hijo pródigo, el hombre.

Espontáneamente la tierra ofrece sus dones y las fieras de los montes y del desierto se acercan pacíficamente; el carro de Dionisio desaparece bajo las flores y las guirnaldas; las panteiras y los tigres se mueven bajo el mismo yugo.

La concepción trágica es, por lo tanto, la forma estética perfecta que los griegos supieron concebir sobre la naturaleza inconstante de los casos reales.

Nació, así, el teatro, que fué al mismo tiempo deleite para el espíritu y función religiosa; pero esa religión que vivieron los griegos, cuan diversa es de la que predica el nuevo evange-

lio de Cristo! — En la primera todo respira un escepticismo natural, pues los hombres forjaron e imaginaron sus dioses, dándoles sus mismos vicios y sus mismas virtudes: tuvieron así, la belleza fría de Venus, y la concupiscencia de Juno; la astucia de Hermes y la fuerza de Hércules: cada dios es un hombre, talvez más “hombre” que cada uno de aquellos griegos que, sentados en uno de los peldaños del anfiteatro, seguían con emoción creciente el desarrollo de una tragedia...

Es esa misma naturaleza, ese antropomorfismo alegre, que gustó tanto a Nietzsche y que le hizo enamorar de esa época y de esa civilización; en su comparación, cuan triste el paraíso de los cristianos, cuan misterioso el infierno, cuan desolado el purgatorio; en el Dios de los Hebreos, ni Júpiter sacude su cabellera llena de ambrosía, ni Venus sonrío protectora: solo impera la abnegación y mortificación, y solo el hombre que supo martirizarse en su vida terrena, puede aspirar a una alegría metafísica, con la contemplación inmóvil de una verdad revelada...

Claro aparece entonces la repugnancia del escritor alemán frente a ese Olimpo en que, más que las formas y los colores, se pone en valor la piedad y el desprecio de sí mismo...

En las páginas de Nietzsche surge el teatro griego, explicado con una profundidad y originalidad de ideas que asombran.

Hablando del coro griego y de los sátiros, el escritor alemán dice:

“El consuelo metafísico — que nos deja la verdadera tragedia — el pensamiento de que la vida, en el fondo de las cosas, a despecho de la variabilidad de las apariencias, queda imperturbablemente poderosa y rica de alegrías; este consuelo aparece con una evidencia material bajo la forma del coro de los sátiros, del coro de los entes naturales, de que la vida subsiste en manera casi indeleble después de cada civilización y que a pesar de las transformaciones del género humano, de las vicisitudes de la historia de los pueblos, quedan eternamente inmutados.

Por las palabras de ese coro fué confortado el espíritu pro-

fundo de Grecia, capaz de las pasiones más livianas y más desenfrenadas; él contempló con ojo inmóvil los espantosos cataclismos de lo que se llama historia universal y reconoció la crueldad de la naturaleza; y se encuentra ahora expuesto al peligro de aspirar al aniquilamiento budístico de la voluntad. El arte lo salva y para el arte — la vida lo reconquista.

Durante la ebriedad estática del estado dionisiaco, que abate los abstráculos y los límites ordinarios de la existencia, hay un momento *letárgico*, en el cual se alejan todos los recuerdos personales del pasado. Entre el mundo de la realidad dionisiaca y aquel de la realidad cotidiana, se ahonda el abismo del olvido, que separa el uno del otro. Sin embargo, apenas reaparece en la conciencia esta cotidiana realidad, ella es advertida con disgusto, y resultado de esa impresión, es una disposición ascética, despreciadora de la voluntad. En este sentido el ser dionisiaco se parece a Hamlet: los dos echan una mirada resuelta en la esencia de las cosas; ellos *ven*, y se quedan disgustados de tener que hacer con semejantes cosas, porque su actividad no puede mudar en nada de su eterna esencia; parece ridículo y vergonzoso que les deba incumbir a ellos el deber de levantar un mundo que ya ha caído. El conocimiento mata la acción, y a ella se debe el mirarse de la ilusión; esta es la ciencia de Hamlet; no es que aquella sabiduría barata de Hans el soñador, quien, por demasiado pensar, no puede llegar a la acción; no, no es la reflexión! Es el verdadero conocimiento, la visión de la horrible verdad, que aumenta todo impulso, toda razón de hacer en Hamlet como en el ser dionisiaco. Ningún consuelo, pues, puede prevalecer; el deseo se siente empujado, por encima de todo un mundo, hacia la muerte, y desprecia hasta a los Dioses; la existencia es renegada, y con ella el reflejo soñador de su imagen en el mundo de los Dioses, de un inmortal más allá. Bajo la influencia de la verdad contemplada, el hombre no percibe más, en toda cosa que el horrible y absurdo de la existencia; él comprende lo que hay de simbólico en la muerte de Ofelia; él reconoce la

sabiduría de Sileno, del Dios de la foresta, y el disgusto le sube hasta la garganta.

En este grave peligro de la voluntad, el arte se adelanta entonces, llevando el bálsamo benéfico, como diosa encantadora y salvadora; ella solo tiene el poder de transformar el disgusto, en lo que tiene de horrible, de raro, en una existencia de imágenes ideales, gracias a los cuales se hace posible la vida. Esas imágenes son: lo *sublime*, en lo que el arte nos libera del disgusto y del absurdo. El coro de los sátiros del ditirambo es la salvación del arte griego; en el mundo intermedio de estos compañeros dionisiacos se disuelven los excesos de desesperación, de los que hemos hablado hasta ahora”.

Sin embargo, el equilibrio griego se rompió por la intrusión de un elemento mortificador que preludiva a la doctrina cristiana: Eurípides y Sócrates se presentan, al espíritu de Nietzsche, como los propagadores de una tendencia disolvente que no encuentra en Nietzsche palabras bastante agrias para ser estigmatizada.

Eurípides destruyó la tragedia esquila, reedificándola sobre un arte, una moral y una idea del mundo — no dionisiaco — y en esta obra fué admirablemente ayudado por el espíritu positivo de Sócrates, por su filosofía cristiana y anti-estética.

“Dionisos — dice Nietzsche — fué echado de la escena trágica por una potencia infernal, de que Eurípides era la voz. En cierto modo Eurípides mismo no fué sino una máscara: la divinidad que hablaba por boca de él, no era Dionisos, no era Apolo, sino un demonio que nacía, llamado Sócrates. El nuevo antagonismo era: instinto dionisiaco y espíritu socrático; y por este pereció la obra de arte de la tragedia griega. Renegando su pasado, en vano Eurípides busca de consolarnos: el templo sin igual cae en ruinas... ¿Qué nos importa ahora los quejidos y la confesión del destructor de aquel que fué el más bello entre todos los templos? ¿Qué nos importa que el tribunal artístico de la posteridad haya condenado a Eurípides?, ¿qué nos importa

que por castigo él haya sido transformado en dragón? ¿quién podrá encontrarse satisfecho de tan miserable compensación?"

Aquella tendencia socrática por medio de la que Eurípides combatió y venció a la tragedia esquílea, fué el haber recurrido a sentimientos nuevos, a *pensamientos fríos* y paradójales, sentimientos pasionales, en lugar de los entusiasmos dionisiacos; de haber reducido un espectáculo de alta conmoción trágica a un episodio de moral muy baja y muy casera... El pensamiento filosófico viene de este modo a cubrir con su vegetación el arte, obligándole a subir hacia el tronco de la dialéctica. La tendencia apolínea de Nietzsche se transforma en una esquematización lógica: así es que Eurípides se vé obligado a justificar sus actos con razonamientos y argumentos, corriendo el riesgo de perder, para los espectadores, todo interés trágico.

"Quién podría — pregunta Nietzsche — en realidad desconocer la naturaleza *optimista* de la dialéctica, la que festeja su triunfo en toda conclusión, y puede respirar solo en el frío resplandor de la certeza; quien podría desconocer el elemento optimístico, que al penetrar en la tragedia se esparció por sus campos dionisiacos y arrastró fatalmente a la ruina, hasta la caída mortal en el drama burgués? Que se piense tan solo en las consecuencias de los preceptos socráticos: "la virtud es sabiduría; no se peca sino por ignorancia; el hombre virtuoso es feliz"; estos tres principios optimistas son la muerte de la tragedia, puesto que entonces el héroe virtuoso *debe* ser dialéctico; entonces entre la virtud y la moral es necesario que haya un vínculo visible; entonces la concepción trascendental esquílea de la equidad se ve rebajada al principio superficial y franco de la "justicia práctica" con su famoso "deus ex maquina". (pág. 147)

→ Hemos visto, por lo tanto, que el "Origen de la tragedia" contiene dos importantes innovaciones: la primera es la interpretación del fenómeno dionisiaco en los griegos, dando su psicología como razón del arte griego; la segunda es la interpretación del socratismo; en él Sócrates está estudiado por primera

vez como instrumento de la destrucción de Grecia, como el tipo del decadente. El raciocinio opuesto al instinto. En todo el libro ni una palabra sobre el Cristianismo, puesto que “él no es ni apolíneo ni dionisiaco; él niega todos los valores estéticos, los únicos que “el origen de la tragedia” admite; él es nihilista en el más amplio significado de la palabra, mientras en el símbolo dionisiaco se alcanza el último límite de la afirmación...” (Ecce Homo, pág. 69)

El entusiasmo ingenuo y por eso mismo ilimitado de Nietzsche por todo axioma estético, fué tan grande que no puede compararse sino con aquel del crítico inglés, autor del “Retrato de Dorian Gray”.

Para Nietzsche, en efecto, solo el arte es la razón primordial de la vida, sólo lo bello es lo que vale, y sólo este es lo que debe ser cuidado.

La vida imita al arte mucho más de lo que se cree. Un gran artista inventa un tipo y la Vida se esfuerza en reproducirlo en forma popular, como un editor atrevido. Ni Holbein, ni Van Dyk encontraron en Inglaterra lo que ellos nos dieron; ellos llevaron consigo sus tipos, y la Vida con su aguda facultad de imitación intentó preparar modelos al maestro. Los griegos, con su rápido instinto artístico, comprendieron eso y pusieron en las piezas de la esposa las estatuas de Hermes y de Apolo, para que ella diese a la luz hijos bellos como la obra de arte que veía en la hora de la voluntad y en la hora de espasmo. Ellos supieron que la vida saca del arte no solo la calidad del espíritu, la profundidad del pensamiento y del sentimiento, la paz del alma, sino además puede formar a sí misma en la línea y con los colores del arte, y reproducir la dignidad de Fidias así como la gracia de Praxiteles. Por eso, la aversión grande de los griegos por el realismo, que les desagradaba por razones puramente sociales.

La concepción estética de Nietzsche, junto con la obsesión

de la forma, culmina en el "Así habló Zarathustra" obra de altísimo valor poético y de una riqueza de imágenes casi oriental.

En los cantos del viejo persiano se resume toda la teoría nietschiana, que es un conjunto de armonías, de bellezas y de gracia; por eso los libros del alemán se han esparcido por el mundo tan rápidamente, por eso la idea del super-hombre y de la rebelión han cautivado las fantasías de todos los jóvenes, han sido fuente de inspiración para un sinnúmero de artistas, han revolucionado el mundo de las letras.

Cuando Nietzsche habla del super-hombre y lo pinta con los colores más irisados de su paleta, no debemos sonreír de compasión como si se tratara del sueño infantil de una mente exaltada: debemos más bien entusiasmarnos con la trascendencia del ideal concebido por el poeta alemán, concepción que se resuelve en un himno a la belleza y a la fuerza, al progreso, a la perfección. Todo lo que Nietzsche dice es una aspiración, es una tendencia indefinida hacia la luz, hacia las cumbres más elevadas que jamás haya podido imaginar la fantasía de un hombre.

Nietzsche, perfecto esteta, idolatra la firma, siente el poder fascinador que emana de una bella estatua, y quisiera ver en todas partes cultivado ese amor, difundido ese sagrado entusiasmo. Su aristocraticismo es el anhelo de un espíritu refinado y superior que se siente molesto en el medio de la grosera *beatitud* burguesa; en sus venas corre la sangre hirviendo de un individuo que reúne armoniosamente en sí, los refinamientos de un moderno con los entusiasmos de un pagano.

Nietzsche fué un soñador, fué un opositor, un rebelde; sus libros son gritos de rebelión, son incitaciones al combate, son batallas ganadas. El desprecio por el *Clamor popularis* de que tanto se entusiasman los sicofantes de la literatura modernísima; él no ve sino su sueño de arte y de perfección, y camina hacia él, a través de todo obstáculo, con los ojos fijos en su término, despreciando las murmuraciones que subleva a su alrededor;

convencido de que más vale en el mundo una idea perfecta, que una vida sin ningún elemento de distinción.

A este entusiasmo Nietzsche sacrificó todo: tranquilidad del hogar, honores, aplausos; y prefirió terminar el ciclo de su vida en una actitud de luchador vencido, pero no desarmado; y él murió como mueren los héroes en los luminosos cantos de Homero, de rodillas, mirando a su enemigo, y desafiándolo hasta en el momento en que la espada se le cae de la mano...

Para los jóvenes, la obra de Nietzsche, al contrario de lo que opina Zoccoli, no es obra de degeneración, sino alta escuela de arte y de abnegación; en sus páginas no respira la lujuria o la inmoralidad, sino todo está infiltrado de un acre sabor de austeridad, que lo hace asemejar a un asceta de la Tebaida.

Ni fué nunca Nietzsche un filósofo o un predicador de verdades nuevas; su actitud ha sido la reacción saludable de la generación venidera en contra de los sentimentalismos de los románticos; fué una escuela de seriedad, de sinceridad, de fuerza; fué un amable escéptico, enemigo de toda afirmación dogmática, porque estaba íntimamente convencido de que en toda verdad hay un poco de error y en todo error se esconde un poco de verdad...

Sus apotegmas y sus axiomas no deben atemorizarnos: son los excesos naturales de un temperamento nervioso y eminentemente artístico, y se destruyen por sí mismos: "dóblate sobre tu pozo — ha dicho — para mirar en el fondo las estrellas del gran cielo"; y él también, el soñador, el despreciador de todo elemento compasivo, no ha hecho en su vida, sino doblarse sobre sí mismo, — a pesar del vértigo que alguna vez lo alcanzó; es por eso que a través de sus ironías, y de sus amarguras, se revelan aquí y allá, intimidades de espíritu bondadoso y humanitario, como en un río turbulento, remansos tranquilos, protegidos por grandes sombras amigas...

RUGGERO MAZZI
